

Mi abuelo materno

Nieves Elena Morán Díez

Herminio Manuel Díez Martínez, nació en Valdesamario, provincia de León, el 19 de abril de 1884 y cuando tenía poco menos de veinte años el camino de su vida se abrió en dos senderos, uno lo llevaría a cumplir con su deber de soldado y el otro, tanto o más azaroso, lo convertiría en emigrante. Él –siempre lo decía a sus hijos –hubiese querido seguir viendo el amanecer en su pueblo natal pero también deseaba ejercer la libertad de elegir, sin la imposición de las armas que la patria le imponía. Hasta aquella noche de enero, en el silencio profundo de su pueblo sumido en la nieve, sentado solo frente al fuego, cuando sus pensamientos se sublevaron y decidió irse. Alguien le había hablado de un país lejano del otro lado del Océano, que abría sus puertas con generosidad a los extranjeros. La semilla ya estaba echada.

Una mañana del verano de 1902 Herminio dejó su casa en Valdesamario. Sus padres lo vieron irse pensando, tal vez, que nunca se reencontrarían con él y sólo desearon que su hijo mayor llegase sano y salvo a esa tierra lejana que últimamente muchos nombraban. No llevaba equipaje, solo un morral con sus sueños y algunos alimentos que le servirían hasta llegar al puerto de Vigo. Allí esperaría el momento de embarcar. Secreto, clandestino, con dieciocho años y las ansias de eludir el servicio militar intactas.

La travesía la hizo hasta estar en altamar en la bodega de un barco. Unas cuantas borrascas le asustaron, a él y a sus compañeros de infortunio. Porque no estaba solo en la aventura: un vasco y un gallego huían de España por distintas razones. El nombre del barco Herminio lo olvidó para siempre, quizás como un modo de cortar el hilo de la pena de dejar su familia y su pueblo atrás. Pequeños artilugios de emigrantes. Cuando fueron descubiertos por un marinero, viejo conocedor de clandestinidades, se les permitió a los polizones llegar a la cubierta de la nave. Allí el cielo estaba encendido de estrellas y un estremecimiento

recorrió el cuerpo alto y demasiado delgado del leonés.

El último puerto que tocaría aquel barco carguero era el de Buenos Aires. El frío de junio ya se hacía notar en el hemisferio sur, aún así la ciudad de aspecto colonial no fue inhóspita. En el Hotel de Inmigrantes ubicado en el mismo puerto fue registrado y se le permitió recuperarse y descansar y comer dos o tres días, antes de marcharse del puerto para llegar caminando hasta la Estación Central del Ferrocarril del Oeste que lo llevaría a General Villegas, a quinientos kilómetros de la ciudad, en plena pampa húmeda argentina.

Otro leonés, Primitivo Castro, había sido uno de los primeros en asentarse allí. Cada tanto tiempo escribía a su familia en Valdesamario contando su experiencia y con cada sobre que llegaba se alimentaban las ilusiones de Herminio. Así fue como recibió las señas de este poblado.

Pronto se vio convertido en hombre de campo argentino, ordeñaba vacas, arreaba los animales montado a caballo, abría surcos con un arado de manquera, aprendió a curar los postes de madera y a hacer los torniquetes que sostenían los alambres que dividían los campos. Las extensiones eran inmensurables para Herminio, la estancia donde trabajaba pertenecía a una familia inglesa afincada en la región desde mediados del siglo XIX.

Una mañana, antes de subirse a la volanta, mientras repasaba la lista de las compras para hacer en el pueblo que le había dado la anciana cocinera de la estancia, pensó en Joaquina, una joven leonesa que había conocido poco tiempo atrás en un baile en el Prado Español. Sabía que la encontraría en el almacén de ramos generales, como todos los días jueves. No bien se detuvo a la puerta, la joven lo abandonaba cargada de paquetes que su patrona le había encomendado retirar. Solícito, Herminio le ofreció ayuda y mientras caminaban hasta la casa de ella, frente a la plaza del pueblo, se pusieron de acuerdo en encontrarse el domingo después de misa.

Joaquina era menuda y de baja estatura, con el cabello negro siempre recogido en trenzas que unía con gracia en un moño, miraba con atención al joven que la galanteaba. Ella también venía de León, de

Cimanes del Tejar y se había criado muy cerca del río Órbigo. Al morir su padre, su madre y sus hermanos habían quedado desamparados y ella, la mayor de los hermanos, emprendió el viaje a la República Argentina. Lo hizo acompañada de Celestina, su amiga desde niñas.



Joaquina y Herminio el día de su boda.

El 10 de febrero de 1910, Joaquina y Herminio se casaron en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen en General Villegas. La recién casada ocupó en la estancia el lugar de la anciana cocinera que se había re-

tirado y Herminio fue nombrado mucamo de la casa grande y comenzó a servir con orgullo y guantes blancos los platos preparados por su esposa.

En noviembre de 1910 nació allí, en la estancia “El Clarín” su primera hija. Cuando Joaquina quedó nuevamente encinta pidieron al patrón que les arrendara una parcela para hacerse su casa y trabajar en el campo, que era lo que a Herminio más le gustaba. Luego, llegaron seis hijos más y la familia cobijó a una sobrina que perdió a su madre siendo muy pequeña.

Entre soles y lluvias, sequías y buenas cosechas, vacas propias y ajenas, la lumbre en la cocina como en su casa natal, los casamientos de sus hijos, la llegada de los nietos fue el final de la vida que lo esperaba penoso y lejos de su casa. Nunca había vuelto a la ciudad de Buenos Aires –la necesidad de atención médica lo hizo regresar– y aquí murió un caluroso día de enero de 1952. Pocos años después Joaquina, inesperadamente, fue a reunirse con el leonés que, como un rastreador de estrellas, había venido desde Valdesamario para recalar en un pueblo de la inmensa llanura argentina.